

Capítulo XI

EXAMEN Y GOBIERNO DE NUESTROS DESEOS

1. *Cristo*: Hijo, todavía tienes que aprender muchas cosas que no sabes bien.

2. *El alma fiel*: ¿Cuáles son, Señor?

3. *Cristo*: Que arregles todos tus deseos según mi voluntad; que no te ames, sino que tengas verdadero celo por hacer mi voluntad.

A menudo sientes deseos ardientes que te empujan con fuerza; pero, detente a ver si te mueves más por mi amor, o más por tu propio interés.

Si yo soy el fin de tus actos, quedarás muy contento como yo lo disponga. Si te buscas secretamente en alguna cosa, allí está precisamente lo que te embaraza y te apena.

4. Por tanto, cuídate de empeñarte excesivamente en cumplir algún deseo que antes haya nacido en tu corazón, sin que primero me consultes; no sea que después te vaya a pesar, o a disgustar, lo que antes te gustaba y tenías celo de hacer, como si fuera algo de más perfección.

No hay que dejarse llevar luego por cualquiera inclinación que parezca buena; ni tampoco desechas desde luego cualquier cosa que nos repugne.

Algunas veces conviene refrenarse, aun tratándose de inclinaciones buenas, de deseos buenos; ya

para no distraer el espíritu con la importunidad del deseo, ya para no dar escándalo a otros por indisciplinado; ya también para que no vayas a perturbar-te de repente, y hasta sucumbir, por la contradicción de otros.

5. Algunas veces se necesita hacerse violencia y resistir virilmente al apetito sensitivo, sin hacer ningún caso de lo que quiera la carne o no quiera; antes bien empeñarse en que se someta al espíritu aunque no quiera.

Habrà que mortificar la carne y obligarla a obedecer al espíritu, hasta que esté dispuesta a todo, hasta que aprenda a contentarse con poco, a que le gusten las cosas sencillas, a no murmurar de ninguna molestia.

Capítulo XII

ADQUIRIR LA PACIENCIA Y LUCHAR CONTRA LAS PASIONES

1. *El alma fiel*: Según veo, Señor, Dios mío, necesito mucha paciencia, porque en esta vida hay muchas contrariedades. En efecto, de cualquier modo que arregle mis cosas para durar en paz, no puede mi vida librarse de guerra y dolor.

2. *Cristo*: Así es, efectivamente, hijo. Pero no

quiero que busques paz sin tentaciones o pena de adversidades. Yo quiero que consideres haber hallado la paz aun en el caso de sufrir muchas tribulaciones, y de verte sometido a la prueba de muchas contrariedades.

3. Si acaso dices que no puedes sufrir tamañas cosas, entonces, ¿cómo aguantarás el fuego del purgatorio? De dos males, siempre debe escogerse el menor. Para poder escapar de las penas eternas de la otra vida, procura sufrir tranquilamente por Dios los males de ésta.

¿Pues qué crees tú que las gentes del mundo no sufren nada o casi nada? No hallarás eso ni aun en los más voluptuosos.

4. *El alma fiel*: Sí, Señor; pero tienen muchas delectaciones, dando gusto a sus inclinaciones; por eso no dan mucha importancia a sus aflicciones.

5. *Cristo*: Supongamos que fuera así; que tuvieran todos los placeres que quisieran; ¿cuánto crees que les durarían? Mira que «como el humo se desvanecerán los millonarios de este mundo», sin recuerdo ninguno de aquellos goces pasados.

Pero ni siquiera los gozan sin amargura, hastío y temor. Pues de aquello mismo de donde sacan placer les viene con frecuencia el castigo del dolor. Eso justamente les sucede; para que no gocen sin vergüenza y amargura esos placeres que desordenadamente buscan y persiguen.

¡Oh, qué breves, engañosos, desordenados y vergonzosos son todos! Ellos no lo comprenden, por-

que los emborrachan y los ciegan: como brutos animales corren a la muerte del alma, por los viles placeres de esta vida mortal.

Pero tú, hijo, «no sigas tus pasiones, resiste a tus inclinaciones». Al contrario, pon tu deleite en el Señor, y te concederá lo que anhela tu corazón.

Si quieres los placeres verdaderos, si quieres que te de más consuelo, tu herencia consistirá en el desprecio de todas las cosas del mundo, en la abstinencia total de bajísimos placeres; en pago de esto gozarás de abundantes consuelos.

Cuanto más te apartes de todo consuelo humano, tanto más intensos y dulces consuelos hallarás en mí.

Al principio no lo alcanzarás sin cierta tristeza, sin trabajos y sin luchas. Porque inveteradas costumbres resistirán; pero con otras costumbres buenas te las quitarás. La carne se te rebelará; pero con el fervor del espíritu la domarás. Aquella serpiente antigua te instigará al mal, te molestará; pero con la oración la ahuyentarás. Además, dedicándote a útil trabajo, ancho boquete le taparás.

Capítulo XIII

EL HUMILDE SUBDITO DEBE OBEDECER COMO CRISTO

1. *Cristo*: Hijo, el que trata de sustraerse a la

obediencia se priva de la gracia; y el que busca singularidades pierde los bienes comunes.

Cuando alguno rehúsa obedecer al superior espontáneamente y de buena gana, da a sospechar que su carne no le obedece bien todavía, que a menudo tira patadas y se le rebela. Si quieres sujetar tu carne, aprende a obedecer pronto a tu superior.

Más fácilmente se vence al enemigo exterior cuando no está dividido el hombre interior. Tu alma no tiene peor ni más encarnizado enemigo que tú mismo cuando no estás perfectamente acorde con el espíritu. Si quieres triunfar de la carne y de la sangre, necesitas absolutamente concebir desprecio sincero de ti mismo. Tienes miedo de abandonarte por completo a la voluntad ajena porque todavía te amas demasiado desordenadamente.

2. Pero, ¿qué tiene de raro que tú, polvo, nada, te sujetes por amor de Dios a un hombre, cuando yo, Omnipotente y Altísimo, que crié todo de la nada, obedecí a un hombre por ti? Yo, me bajé y me humillé más que todos, para que vencieras con mi humildad tu soberbia.

Polvo, aprende a obedecer. Lodo, tierra, aprende a humillarte, a ponerte bajo los pies de todos. Aprende a quebrantar tus gustos, a sujetarte en todo absolutamente.

3. Enójate contra ti; no dejes que en ti viva ninguna hinchazón de soberbia. Por el contrario, muéstrate tan humilde y sumiso que todos pudieran pasar por encima de ti, pisándote como al lodo

de la calle. ¿De qué podrías quejarte, hombre vacío? Pecador inmundo, ¿cómo puedes contradecir a los que te echan en cara alguna cosa, habiendo ofendido a Dios muchas veces, y tantas veces merecido el infierno?

Sin embargo, mi buen corazón te perdonó, porque tu alma era preciosa para mí; para que conocieras mi amor, y de mis beneficios tuvieras eterna gratitud; para que te entregaras constantemente a la verdadera obediencia y humildad, y sufrieras con paciencia el desprecio de tu persona.

Capítulo XIV

CONSIDEREMOS LOS OCULTOS JUICIOS DE DIOS PARA NO ENVANECERNOS DE NUESTRAS VIRTUDES

1. *El alma fiel:* Señor, como si fueran truenos haces retumbar tus juicios sobre mi cabeza, haces sonar todos mis huesos de temor y temblor, y mi alma se llena de pavor.

Todo espantado me paro a considerar cómo los ciegos mismos no están puros en tu presencia.

Si hallaste maldad en los ángeles, y no les perdonaste, ¿qué será de mí? Si cayeron del cielo las estrellas, yo, polvo, ¿en qué confío? Hombres cuya

vida parecía laudable en bajísimas cosas han caído: a quienes antes comían el pan de los ángeles, después los he visto tragar ávidamente las bellotas de los puercos.

De modo que no hay santidad ninguna, si tú retiras tu mano. La sabiduría no sirve de nada, si tú no la diriges. No hay fortaleza que baste, si tú no la sostienes. No hay castidad segura, si tú no la proteges. No basta guardarse a sí mismo, si tú no ayudas con tu santa vigilancia.

Efectivamente, si nos abandonas, nos sumergimos y perecemos; si nos ayudas, nos levantamos y cobramos vida. Somos por naturaleza vacilantes; pero tú nos mantienes firmes; nos entibiamos, pero tú nos inflamas.

2. ¡Oh, qué humilde y baja opinión debo concebir de mí mismo! ¡Oh, en qué poco debo tener lo poquito bueno que parece que tengo! ¡Oh, qué profundamente debo humillarme ante tus abismales juicios, donde hallo que no soy otra cosa sino nada y más nada! ¡Oh, inmensidad! ¡Océano sin riberas donde encuentro que no soy otra cosa que la nada perdida en el Todo!

Luego, ¿dónde está el escondrijo del orgullo? ¿Qué pasó con aquella presunción basada sobre la virtud? Toda mi vanagloria ha quedado ahogada en las profundas aguas de tus juicios acerca de mí.

3. En tu presencia, ¿qué vale toda carne? ¿Podrá el barro tener orgullo contra el que lo plasmó? ¿Podrá la adulación hacer que se hinche el corazón?

de un hombre sinceramente sujeto a Dios? Ni el Universo entero hará levantarse con orgullo al hombre que a Dios se ha sometido; ni las bocas de todos aquellos que lo alaben harán menearse al que en Dios ha puesto firmemente toda su esperanza.

En efecto, los mismos aduladores son pura nada. Desaparecerán como desaparecen sus palabras; pero «la verdad de Dios dura eternamente».

Capítulo XV

COMO DEBEMOS PORTARNOS Y DECIR CUANDO DESEAMOS ALGUNA COSA

1. *Cristo*: Hijo, di así para todo: Señor, si es tu voluntad, hágase eso; Señor, si esto ha de ser para honra tuya, hágase en nombre tuyo; Señor, si ves que eso me conviene y me sirve, concédeme usarlo para darte honra. Pero si ves que me hará daño, y no me ayudará a la salvación de mi alma, quítame del corazón este deseo.

Porque no todo deseo es infundido por el Espíritu Santo, aunque al hombre le parezca recto y bueno. Pues es difícil decidir con certeza si es un espíritu bueno, un espíritu extraño, o tu propio espíritu el que te empuja y te mueve a desear tal o cual cosa. En efecto, ha resultado que muchos se

han extraviado, pareciendo al principio que los movía un espíritu bueno.

2. Por esa razón, debes siempre desear y pedir-me con temor de Dios y humildad de corazón lo que a tu mente aparece como cosa deseable; y particularmente dejármelo todo a mí con un abandono absoluto, diciéndome: Señor, tú sabes qué cosa es la mejor; que se haga esta cosa o la otra como tú quieras; Señor, dame lo que quieras, dame cuanto quieras, y dámelo cuando quieras. Hazme lo que te parezca bien, lo que te guste, y sea para mayor honra tuya. Ponme donde quieras; con toda libertad haz conmigo lo que quieras; con toda libertad haz conmigo lo que quisieras. Estoy en tu mano; dame vueltas y más vueltas, como quieras. Aquí tienes a tu esclavo, listo para todo. No deseo vivir para mí sino para ti. ¡Ojalá que lo haga de modo digno y perfecto!

3. *El alma fiel*: Concédeme, amabilísimo Jesús, que tu gracia viva conmigo, coopere conmigo, dure conmigo hasta el fin. Concédeme desear y querer lo que te agrade más y aceptes mejor. Que tu voluntad sea la mía; que mi voluntad siga siempre la tuya; que esté perfectamente de acuerdo con ella; que mi querer y no querer sea idéntico al tuyo; que no pueda querer o no querer sino lo que tú quieras o no quieras.

4. Concédeme morir a todo lo del mundo; amar por ti los desprecios y la obscuridad en esta vida. Concédeme reposar en ti más que en todas las cosas

que se puedan desear; darle en ti paz a mi corazón.

Tú eres la paz verdadera del corazón; Tú eres el único descanso. Fuera de ti, todas las cosas son duras y trabajosas.

En esta paz dormiré; dormiré en ti, Bien Supremo y Eterno. Amén.

Capítulo XVI

SOLO EN DIOS DEBE BUSCARSE EL VERDADERO CONSUELO

1. *El alma fiel*: No espero en esta vida, sino en la futura, lo que puedo desear o pensar que es para consuelo mío. Es un hecho que no me durarían mucho todos los consuelos y placeres del mundo, todavía que pudiera yo solo gozarlos todos.

Por esa razón, alma mía, no podrás tener pleno consuelo, ni descanso completo, sino en Dios que consuela a los pobres, y acoge a los humildes.

Espera todavía un poquito, alma mía; espera que se cumpla la promesa de Dios, y allá en el cielo tendrás abundancia de bienes. Si tienes afecto desordenado a los bienes presentes, perderás los eternos del cielo.

Haz uso de los bienes temporales; aspira a poseer los eternos. No puedes llenarte con ningún

bien temporal, porque no fuiste creada para gozarlos.

2. No podrás ser plenamente feliz, aunque tuvieras la posesión de todos los bienes creados: tu perfecta felicidad está en Dios, creador de todos los bienes.

Esa felicidad no es como la miran y desean los estúpidos amigos del mundo; es la que esperan los buenos cristianos; es la que a veces prueban anticipadamente los espirituales, los de corazón puro; esos que llevan vida del cielo aquí en la tierra.

Breve y vano es todo consuelo humano. Consuelo que hace de veras feliz es aquel que la Verdad le infunde al alma.

El hombre piadoso lleva por todas partes a Jesús, su paño de lágrimas, y le dice; no te apartes de mí, Señor Jesús. Jamás, en ninguna parte.

Que mi consuelo sea el aceptar gustoso la privación de todo consuelo humano. Y si también tus consuelos me faltan, que tu voluntad y tus justas pruebas, sean para mí suavísimo consuelo. Porque «ni estarás siempre indignado, ni serán eternas tus amenazas».

Capítulo XVII

ENCOMENDEMOS TODOS NUESTROS CUIDADOS A DIOS

1. *Cristo*: Hijo, déjame hacer de ti lo que yo quiera: yo se qué es lo que te conviene. Tú piensas como hombre, y sientes en muchas ocasiones como la inclinación humana te mueve.

El alma fiel: Señor, es verdad lo que me dices. Más cuidado tienes tú de mí que todo el que yo pudiera tener. En realidad, está demasiado expuesto a la casualidad el que no se descarga en ti de todos sus cuidados.

Señor, haz de mí lo que quieras, con tal que mi voluntad permanezca firmemente enderezada hacia ti; lo que hagas de mí, sólo bueno puede ser.

Si me quieres ver sumido en tinieblas, bendito seas; si me quieres ver bañado de luz, bendito seas. Si te dignas consolarme, bendito seas; si me quieres ver afligido, seas igualmente bendito sin cesar.

2. *Cristo*: Hijo, si quieres acompañarme, a esto debes acomodarte: tan pronto debes estar para sufrir, como para gozar; de tan buena gana debes aceptar escasez y pobreza, como abundancia y riqueza.

3. *El alma fiel*: Señor, de buena gana quiero sufrir por ti todo lo que quieras que me suceda. Igualmente quiero recibir de tu mano lo bueno y lo

malo, lo dulce y lo amargo, lo alegre y lo triste, dándote gracias de todo lo que me sobrevenga.

Guárdame del pecado; así no le tendré miedo ni a la muerte, ni al infierno. Con tal que no me re-pruebes para siempre, ni me borres del libro de la vida, ningún daño me harán todas las tribulaciones que me sobrevengan.

Capítulo XVIII

SIGUIENDO A CRISTO, DEBEMOS SUFRIR CON PACIENCIA LOS MALES DE ESTA VIDA

1. *Cristo*: Hijo, yo bajé del cielo para salvarte, me revestí de tus miserias, no forzado por necesidad, sino atraído por el amor, para que aprendieras la paciencia, y no llevaras con irritación las miserias de la vida.

En efecto, desde el punto que nací hasta que expiré en la cruz jamás me faltaron dolores.

Estuve muy escaso de recursos temporales; a menudo oía muchas murmuraciones de mí; aguanté con paciencia confusiones y oprobios; en pago de mis beneficios recibía ingratitud; a los milagros se respondía con insultos; a mi doctrina, con críticas.

2. *El alma fiel*: Señor, por haber sido tú resigna-

do en la vida, cumpliendo principalmente en este punto la voluntad del Padre, justo es que yo, pobrecillo pecador, haciendo tu voluntad aguante con paciencia, llevando por mi salvación el peso de esta vida mortal todo el tiempo que tú quieras.

Aunque es verdad que se siente pesada la vida presente, en ella se pueden ganar muchos méritos por medio de tu gracia. Además, tu ejemplo y las huellas de los santos la han hecho menos pesada y oscura. No sólo, sino que ahora es mucho más consoladora que en la Antigua Ley, cuando la puerta del cielo seguía cerrada, cuando el camino allá se veía algo obscuro, y tan pocos se preocupaban por llegar al reino de los cielos.

Pero ni siquiera los justos que se habían de salvar podían penetrar al reino de los cielos antes de tu Pasión, antes de que pagaras con tu sagrada vida.

3. ¡Oh, cuánto debo agradecerte que a mí y a todos los fieles nos hayas querido mostrar el camino y parejo que a tu reino eterno conduce!

Tu vida es nuestro camino; por tu santa paciencia nos encaminamos a ti, nuestra recompensa. Si tú no nos hubieras adelantado a enseñarnos este camino, ¿quién trataría de emprenderlo? ¡Ah! ¡Cuántos se quedarán muy atrás, si tan admirables ejemplos no vieran! Después de saber tan grandes milagros, de conocer tu doctrina, estamos todavía tibios, ¿qué sería si tan brillante luz nos faltara?

Capítulo XIX

SUFRIMIENTO DE MISERIAS; PRUEBA DE VERDADERA PACIENCIA

1. *Cristo*: ¿Qué es lo que dices, hijo? Considera mi Pasión y las penas de los santos, y deja de quejarte. Todavía no has luchado hasta que te salga sangre.

Poco es lo que sufres, comparado con lo que otros han sufrido, con las tentaciones tan fuertes que han aguantado, con las graves aflicciones que han padecido, con las múltiples pruebas y luchas que han tenido.

Como quiera que sea, recuerda los padecimientos graves de otros, para que sufras con más facilidad los pequeñísimos tuyos. Si a ti no te parecen tan chicos, mira que no te lo haga ver así tu falta de paciencia. Pero, chicos o grandes, procura sufrirlos todos con paciencia.

2. Cuanto mejor te prepares a padecer, con tanta mayor prudencia procederás, y tantos más méritos ganarás. Te parecerán también menos pesadas todas las penas, por tener el alma diligentemente preparada para ellas, y por haber adquirido el hábito de sufrirlas.

No digas: yo no puedo sufrir tales cosas de esa persona; yo no debo sufrirlas. Me ha hecho un grave perjuicio; me achaca cosas que nunca se me ocu-

rrieron. Pero de otro sí lo aguantaré bien, y creeré que debo sufrir de él.

Ese cálculo es tonto, porque atiende más bien a las ofensas y a los ofensores, olvidando la esencia de la virtud de la paciencia, olvidando también quién es el que la ha de premiar.

3. No tiene verdadera paciencia el que sólo quiere sufrir del que él quiera, y lo que él quiera. La verdadera paciencia, no para mientes en quién es el que hace sufrir: superior, igual, inferior, bueno y santo, o malo e indigno.

No; para el que tenga verdadera paciencia es lo mismo recibir cualesquiera injurias: las recibe todas con gratitud, juzgándolas enorme ganancia. Ninguna cosa, por pequeña que sea, pasará sin mérito a la vista de Dios, siempre que se lleve por Dios.

Por eso, está pronto al combate, si quieres ganar la batalla.

Sin combatir, no podrás ganar el premio de la paciencia.

Si no quieres sufrir, no quieres ganar la corona.

Si quieres la corona, pelea con valor, aguanta con paciencia.

Sin trabajar, no se descansa, no se vence sin luchar.

El alma fiel: Señor, haz con tu gracia posible lo que naturalmente me parece imposible. Tú sabes que puedo poco y que fácilmente me abato con cualquier contratiempo.

Que toda tribulación llevada por tu nombre se

me haga amable y deseable; porque sufrir penas y vejaciones por ti, es dulce y saludable para mi alma.

Capítulo XX

CONFESION DE NUESTRA DEBILIDAD; MISERIAS DE LA VIDA

1. *El alma fiel*: «Contra mí mismo voy a declarar mi iniquidad»; sí, Señor, te voy a confesar mi fragilidad. Es a menudo una pequeñez la que me deprime y entristece. Me propongo obrar con firmeza. Pero al llegar ligera tentación siento una angustia terrible. A veces me vienen graves tentaciones de cosas insignificantes. Cuando me siento un poco seguro por no sentir las, a veces casi sucumbo al soplo de viento ligero.

2. Mira, pues, Señor, mi bajeza y mi fragilidad que tú conoces en todas sus fases.

Compadécete; «sácame del fango; que no me quede atascado en él»; que no me quede allí hundido para siempre.

A menudo me remuerde y me confunde en tu presencia que sea yo tan fácil para caer, tan débil para resistir al ataque de las pasiones.

Pesada y molesta es su persecución; fastidioso es

vivir en esa continua lucha, aunque no me doblegue totalmente a consentir.

Me doy cuenta de mi fragilidad en que esas odiosas imaginaciones me atacan mucho más fácilmente que se retiran.

3. ¡Oh Dios poderosísimo de Israel! ¡Oh, amigo celoso de las almas fieles! ¡Ojalá que mires los trabajos y dolores de tu criado, y le acompañes a dondequiera que vaya! Infúndeme fuerza celeste, para que no me domine el hombre antiguo, esta carne miserable que todavía no está bien sujeta al espíritu; esta carne contra la cual habrá que luchar mientras se respire en esta desdichadísima vida.

¡Qué vida ésta en que no faltan tribulaciones y miserias, en que hay emboscadas y enemigos por doquier! Apenas se va una tentación o tribulación cuando llega otra. No sólo; sino que todavía no termina el combate anterior cuando otros varios llegan impensadamente.

4. ¡Cómo se puede amar esta vida que tiene tantas amarguras, expuesta a tantas calamidades y miserias! ¿Aun cómo puede llamarse vida la que tantas muertes y pestes produce?

Sin embargo, se la ama; y muchos buscan sus goces.

Mucho se habla de los engaños y de la vanidad del mundo; pero no es fácil dejarlo, porque las pasiones carnales tienen demasiado señorío sobre nosotros.

Hay cosas que nos llevan a amarlo, y otras a de-

testarlo. Nos inducen a amar el mundo las pasiones carnales, el deseo de los ojos, y el orgullo de las riquezas. Los castigos y miserias que justamente les siguen engendran odio y fastidio del mundo.

5. Pero, ¡ay!, que el placer domina al alma que se entrega al mundo, juzga un placer la esclavitud al mundo. Es porque jamás ha probado la dulzura de Dios, ni contemplado la belleza íntima de la virtud.

Pero aquellos que desprecian completamente al mundo, empeñados en vivir para Dios bajo la santa disciplina, conocen la dulzura al mundo. Ellos sí ven con mayor claridad qué grandes son los extravíos y engaños del mundo.

Capítulo XXI

EL DESCANSO DEBE BUSCARSE EN DIOS MAS QUE EN TODO

1. *El alma fiel:* Alma mía, descansarás siempre en el Señor, más que en todas las cosas, sobre todas las cosas, porque Dios es el descanso eterno de los santos.

Concédeme, dulcísimo y amorosísimo Jesús, descansar en ti más que en ninguna criatura; más que en toda salud y belleza, más que en toda gloria

y honra, más que en toda potencia y dignidad, más que en toda ciencia y sutileza, más que en toda riqueza y arte, más que en toda alegría y júbilo, más que en toda fama y elogio, más que en toda dulzura y consuelo, más que en toda esperanza y promesa, más que en todo mérito y deseo, más que en todo presente y don que puedas dar o infundir, más que en todo gozo y regocijo que pueda el alma recibir y sentir; finalmente, más que en los ángeles y los arcángeles, más que en toda la milicia del cielo, más que en todas las cosas visibles e invisibles; en una palabra, más que en todo lo que no seas tú. Dios mío.

2. Porque tú, Señor Dios, eres el mayor de todos los seres; tú, el único Altísimo y Potentísimo; tú, el único suficientísimo y llenísimo; tú, el único dulcísimo y consoladorcísimo.

Tú solo eres bellissimo y amantísimo, tú solo eres nobilísimo y gloriosísimo sobre todas las cosas; en ti se encuentran, se han encontrado y siempre se encontrarán todos los bienes al mismo tiempo y perfectamente.

Y por esa causa es menos, no me basta, lo que me das fuera de ti, o lo que me revelas de ti mismo, o lo que me prometes, mientras no te veo ni te poseo plenamente.

Porque mi corazón no puede tener real descanso, ni contentamiento perfecto, si no descansa en ti, elevándose por encima de todas tus dádivas y arriba de todas las criaturas.

3. ¡Oh, amabilísimo esposo mío, Jesucristo, purísimo amante, Señor de toda la creación! ¿Quién me dará alas de libertad verdadera para volar y reposar en ti? ¿Cuándo se me concederá plenamente el dedicarme a ver qué suave es el Señor mi Dios? ¿Cuándo me recogeré plenamente en ti, a tal grado que de amor a ti no tenga conciencia de mí?

Mas ahora son frecuentes mis gemidos, soportando mi desdicha con dolor.

Porque en este valle de lágrimas sobrevienen muchos males que con harta frecuencia me entristecen, me inquietan y nublan mi alma; a menudo me distraen y me embarazan, me seducen y me cautivan, impidiéndome el libre acceso a ti y el goce feliz de tus abrazos, de esos abrazos que los espíritus bienaventurados tienen continuamente a la mano. Muévante mis suspiros y mi desolación múltiple aquí en el mundo.

4. ¡Oh Jesús, esplendor de la eterna gloria, consuelo del alma desterrada! En tu presencia no tiene palabras mi boca; pero con el silencio te hablo.

¿Cuánto tiempo todavía tardará mi Señor en llegar? Que venga a visitar a este pobrecillo suyo, que venga a colmarlo de alegría; que alargue su mano para sacarlo de toda aflicción.

Ven, ven; sin ti no hay ni días ni horas alegres; tú eres mi alegría; sin ti mi mesa está sola.

Soy desdichado; estoy como encarcelado y engrillado de los pies mientras no me hagas cobrar ánimo alumbrándome con la luz de tu presencia,

mientras no me pongas en libertad y me muestres rostro amable.

5. Que otros busquen sin ti lo que les guste; a mí nada me agrada, ni me agradará sino tú, Dios mío, que eres mi esperanza y mi eterna salvación.

No callaré, ni cesaré en mis súplicas hasta que tu gracia vuelva y me hables al alma.

6. *Cristo*: «Aquí estoy». He venido a verte porque me llamaste. Tus lágrimas, los suspiros de tu alma, tu humildad y el dolor de tu corazón me han movido, y me han traído a ti.

7. *El alma fiel*: Yo dije: Señor, te he llamado por el deseo de gozarte, y estoy dispuesto a desechar todas las cosas por tu amor; pero tú me excitaste antes a que te buscara. Seas bendito, Señor, que hiciste este favor a tu esclavo, siguiendo tu misericordia.

¿Qué más puede decir en tu presencia este esclavo tuyo, sino humillarse ante ti, teniendo siempre presente su propia maldad y vileza? No hay ningún ser semejante a ti entre todas las maravillas de los cielos y de la tierra.

Tus obras son muy buenas, tus juicios son justos, al mundo rige tu Providencia. Seas alabado y glorificado, tú, sabiduría del Padre. Que mi boca y mi alma te alaben y te bendigan, y conmigo todas las criaturas a la vez.

Capítulo XXII

RECUERDO DE LOS INFINITOS BENEFICIOS DE DIOS

1. *El alma fiel:* Señor, abre mi corazón a la inteligencia de tu ley; enséñame a vivir conforme a tus mandamientos.

Concédeme que conozca tu voluntad recordando con sumo respeto y atenta reflexión tus beneficios, tanto los generales como los particulares, para darte por ellos las gracias que debo. Aunque sé y confieso que ni por uno pequeño podría agradecerte y alabarte debidamente. Soy indigno de todos los beneficios que he recibido; y cuando considero tu majestad, se pierde y se anonada mi espíritu ante tamaña grandeza.

2. Todo aquello que tenemos en el alma y en el cuerpo, lo exterior y lo interior, lo natural y lo sobrenatural que tenemos, son beneficios tuyos que manifiestan tu beneficiencia, tu misericordia y tu bondad; pues de ti es de quien hemos recibido todos los bienes.

El que haya recibido dádivas más importantes no puede ufanarse de haberlos merecido, ni levantarse sobre los otros, ni insultar a los inferiores; porque el más grande y el mejor es el que se atribuye menos y es más humilde y ardiente para agradecer.

El que se cree más bajo que los otros, y más indigno se juzga, es el más idóneo para recibir dones mayores.

Pero el que haya recibido más poco no debe apenarse, ni irritarse, ni envidiar al más rico; lo que más bien debe hacer es alzar sus ojos a ti, agradeciendo muchísimo tu bondad; porque sin distinción de personas repartes tus dádivas con tanta largueza, con tanto desinterés y de tan buena voluntad.

Todos los bienes proceden de ti, y por eso hay que alabarte de todo.

Tú sabes lo que conviene darle a cada cual, Discernir las razones de que éste tenga menos, y el otro más no nos corresponde a nosotros, sino a ti, ante quien están bien deslindados los méritos de cada uno.

3. Por lo cual, Señor Dios, hasta tengo por una gran merced el no poseer muchas de esas cualidades de donde, exteriormente y según los hombres, resultan la alabanza y la gloria; de manera que cuando uno considera la pobreza y bajeza de su persona no solamente no experimenta pesadumbre o tristeza ni abatimiento sino más bien consuelo y viva alegría; porque tú, Dios mío, has escogido a los humildes, a los despreciados del mundo, como amigos y domésticos tuyos.

Testigos de ello son tus mismos apóstoles, a quienes nombraste príncipes de toda la tierra.

A pesar de eso eran tan humildes y sencillos, tan sin malicia y engaño, que sin quejarse pasaron

la vida. No solamente eso, sino que hasta gozaban de padecer afrentas por tu nombre, abrazando con gran ardor esas cosas que el mundo tanto detesta.

Por tanto, nada debe causar tanta alegría al que te ama y tus mercedes reconoce como el cumplimiento en él de tu voluntad y de lo que pluguiere a tu eterna Providencia.

Tan contento debe uno estar de esa Providencia, que con el mismo gusto admita ser el más chico que otro querría ser el más grande; y estar tan en paz y contento de ocupar el último lugar como si ocupara el primero; y con tan buena voluntad ser despreciable y desechado, sin nombre ninguno ni fama, como si fuera el más honorable de todos y el más grande del mundo.

Pues tu voluntad y el celo de tu honor deben estar por encima de todo, dándole a uno más consuelo y más contento que cuantos favores se le hubiere hecho y se le hicieren.

Capítulo XXIII

CUATRO COSAS QUE PRODUCEN MUCHA PAZ

1. *Cristo*: Hijo, ahora voy a enseñarte el camino de la paz y de la libertad verdadera.

2. *El alma fiel*: Señor, haz lo que me dices; me da gusto oírlo.

3. *Cristo*: Hijo mío, procura hacer más bien la voluntad de otro que la tuya.

Escoge siempre tener menos, antes que más.

Busca siempre el lugar más bajo, y estar debajo de todos.

Desea siempre y pide que en ti se cumpla perfectamente la voluntad divina.

Mira, quien haga eso ha entrado ya en el reino de la paz y de la tranquilidad.

4. *El alma fiel*: Ese corto discurso tuyo contiene gran perfección.

Es de pocas palabras; pero está lleno de significación y de abundantes frutos.

Si yo lo pudiera guardar fielmente, la turbación no me viniera tan fácilmente.

Siempre que me siento apesadumbrado y turbado, hallo que fue porque no seguí esa doctrina.

Tú que lo puedes todo y quieres siempre el progreso del alma, dame gracia más eficaz para poder guardar tus palabras y acabar de salvarme.

5. Dios mío, «no te retires de mí»; «Dios mío, mírame, ayúdame», porque diversos pensamientos se han levantado a atacarme, y me han venido grandes temores que afligen mi alma, ¿Cómo saldré sin heridas de entre ellos? ¿Cómo los habré de vencer?

6. Tú me dices: «yo iré a la cabeza, y humillaré a los poderosos de la tierra». Abriré las puertas de la cárcel, y secretos arcanos te diré.

7. Señor, haz eso que me dices; que todos los pensamientos inicuos huyan al verte. Esta es mi esperanza y mi único consuelo: buscar mi refugio en ti al venirme cualquier tribulación, poner en ti mi confianza, invocarte desde el fondo del alma esperando tus consuelos con paciencia.

8. ¡Oh buen Jesús! Alúmbrame con la claridad de la interna luz; arroja de la morada de mi alma todas las tinieblas.

Reprime mis muchas distracciones; aplasta mis violentas tentaciones.

Combate fuertemente en mi defensa; derrota esas bestias feroces que son mis pasiones, para que «por tu fuerza reine la paz», y numerosas alabanzas resuenen en la santa morada, es decir, en la conciencia pura.

Manda a los vientos y a las tormentas. Al mar dile: «cálmate». Dile al viento del norte. «ya no soples», y seguirá luego una calma profunda.

9. «Manda tu luz y tu verdad», para que alumbrén la tierra; pues mientras no me ilumines soy tierra sola y vacía. Derrama de allá arriba tu gracia; baña de celeste rocío mi corazón; haz correr el agua de la piedad, para regar la superficie de la tierra, para que rinda frutos buenos, muy buenos.

Levanta mi mente oprimida del peso de los pecados; dirige todos mis anhelos hacia las cosas del cielo, para que una vez que haya probado la dulzura de la felicidad de allá arriba, sienta repugnancia de pensar en las cosas de acá abajo.

10. Arrebátame, libértame de todos los efímeros consuelos de las creaturas, porque ninguna cosa creada puede satisfacer plenamente mis anhelos, ni consolarme.

Uneme a ti con el lazo indisoluble del amor; pues al que te ama, le bastas tú solo; sin ti, el universo entero no vale nada absolutamente.

Capítulo XXIV

NO INVESTIGUEMOS CURIOSAMENTE VIDAS AJENAS

1. *Cristo*: Hijo, no seas curioso, ni te ocupes en tantos cuidados. ¿A ti qué te importa esto o aquello? «Tú sígueme».

Efectivamente, ¿a ti qué te importa que éste sea así o así, que aquél haga o diga esto y aquello?

Tú no tendrás que responder de los demás; tendrás que dar cuenta de ti mismo. ¿Para qué enredarte en esas cosas?

Mira, yo conozco a todos y estoy mirando cuanto sucede bajo el sol: se el estado de cada uno, sus pensamientos, y deseos, y a dónde se encaminan sus intenciones. Por esa razón, debes encomendarme a mí todas las cosas. Tu estate muy tranquilo, dejando que el agitador agite todo lo que quiera.

Sobre su cabeza recaerá todo lo que haya hecho y haya dicho, porque a mí no me puede engañar.

2. No persigas la sombra de un nombre famoso, no busques la intimidad de muchos, ni el favor de los hombres. Porque todo eso causa distracciones, y negras tinieblas en el alma.

De buena gana conversaría yo contigo y te descubriría mis secretos, si observaras atentamente la hora de mi llegada y me abrieras la puerta de tu corazón.

Se previsor, vela en la oración, humíllate en toda ocasión.

Capítulo XXV

EN QUE CONSISTEN LA PAZ ESTABLE DEL CORAZON Y EL ADELANTO VERDADERO

1. *Cristo*: Hijo, yo he dicho: «os dejo la paz, os doy la paz; pero yo no os la doy como el mundo la da».

Todos anhelan por la paz; pero no todos quieren hacer lo conducente a la paz verdadera.

Tienen mi paz los humildes y mansos de corazón. Tu paz dependerá de que tengas mucha paciencia.

Si me escuchas, y sigues mi doctrina, podrás gozar de una paz profunda.

2. *El alma fiel*: ¿Qué tengo que hacer, pues?

3. *Cristo*: Fijar tu atención siempre en todas tus acciones y palabras; enderezar tu intención a darme gusto no más a mí; no desear ni buscar nada fuera de mí.

Tampoco juzgues temerariamente de dichos o hechos ajenos, ni te entrometas en asuntos que a ti no te encomienden. Así podrás lograr no perder la tranquilidad sino poco, y de cuando en cuando.

4. Mas el no tener ninguna aflicción jamás, ni sentir ninguna perturbación ni en el alma ni en el cuerpo, no es cosa del tiempo presente, sino del eterno reposo.

Por tanto, no juzgues haber alcanzado la paz verdadera por no tener pesadumbre ninguna. Tampoco creas que todo anda bien por no tener que sufrir adversarios ningunos; ni que esto es lo perfecto: que todo resulte según tu afecto.

Tampoco te creas una gran cosa, o gozar del amor de predilección, por sentir gran fervor y dulzura; porque no se conoce en eso al verdadero amigo de la virtud, ni consiste en eso el adelanto y la perfección del hombre.

5. *El alma fiel*: ¿En qué consiste, pues?

6. *Cristo*: Consiste en sacrificarte con toda tu alma a la voluntad divina, no buscando tu propio interés ni en lo chico ni en lo grande, ni en el tiempo, ni en la eternidad.

Eso debe ser de manera que con la misma cara estés siempre dando gracias, en medio de la prospe-

ridad y de la adversidad, pesando todas las cosas en una misma balanza.

Si tanta fuera tu fortaleza y magnanimidad, que, cuando se te prive de la consolación interior prepararas tu corazón a soportar peores cosas, sin alegar que no deberías sufrir adversidades tan grandes como éstas; sino que me concedes razón en todas mis disposiciones y me glorificas por mi santidad, entonces andarás por el sendero recto y cierto de la paz, y habrá esperanza segura de volver a ver mi rostro en medio de la alegría.

Y si llegarás al pleno desprecio de ti mismo, sábete que gozarías entonces de una paz profunda, tan grande como puede tenerse durante tu destierro en este mundo.

Capítulo XXVI

EXCELENCIA DE UN ALMA LIBRE, GANADA MAS BIEN POR LA HUMILDE ORACION QUE POR LA LECTURA

1. *El alma fiel*: Señor, obra es de varones perfectos el no permitir jamás que sus almas aflojen en la aspiración a las cosas celestiales, pasando por entre tantos cuidados como si no se tuviera ninguno; pero eso no al modo de gente abúlica, sino por cier-

ta prerrogativa del alma libre, la cual no se apegaba desordenadamente a ninguna criatura.

2. Piadosísimo Dios mío, te ruego que me libres del embarazo excesivo de las preocupaciones de esta vida; de que las varias necesidades corporales me hagan prisionero de los placeres; de que todos los impedimentos del alma quebranten mi ánimo con sus molestias, y llegue a desmayar.

No quiero decir que me libres de esas cosas que la mundanal vanidad con toda su alma ambiciona. No, Señor; me refiero a esas miserias que al alma de tu siervo molestan y embarazan, por castigo, por esa maldición común a todos los mortales, para no poseer la libertad de espíritu siempre que quieren.

3. ¡Dios mío, dulzura inefable; dale amargo sabor a todo sensual consuelo que del amor a las cosas eternas me aparte, atrayéndome a sí con pecadores halagos, mostrándome algún objeto de actual placer!

No me venzan, Dios mío, no me venzan la carne y la sangre; no me engañe el mundo con su gloria de pocos días; no me derribe por tierra el diablo con sus engaños.

Dame fortaleza para resistir, paciencia para aguantar, constancia para perseverar.

En lugar de todos los mundanales consuelos dame la unción suavísima de tu espíritu; en lugar del amor sensual derrama en mi pecho el amor de tu nombre.

Mira cómo la comida, la bebida, el vestido y las

demás cosas referentes al sustento corporal son gravosas a un espíritu ferviente.

Concédeme hacer un uso moderado de tales comodidades, sin embarazarme con el excesivo deseo de tenerlas.

Prescindir de todas no se debe, porque es necesario sustentar la naturaleza. Pero exigir cosas superfluas que más bien sirvan al placer, la ley santa lo prohíbe; pues en ese caso se insolentaría la carne contra el espíritu.

Te ruego que tu mano me enseñe y dirija para caminar entre estos dos extremos, sin caer en exceso ninguno.

Capítulo XXVII

EL AMOR PROPIO ENTORPECE GRANDEMENTE LA CONSECUION DEL SUMO BIEN

1. *Cristo*: Hijo, es preciso que des todo por el Todo, de manera que nada sea tuyo.

Sábetete que el amor propio te hace más daño que ninguna cosa del mundo.

Cada cosa se te pega más o menos, según el amor o inclinación que le tienes.

Serás libre de la esclavitud de las cosas, si tu amor es puro, sincero, recto.

No codicies lo que no es lícito poseer, ni poseas lo que pudiera embarazarte y hasta privarte de la libertad del espíritu.

Es extraño que no te abandones a mí desde el fondo del alma, juntamente con todo lo que puedas desear o poseer.

2. ¿Por qué te consume esa tristeza insensata? ¿Por qué abrumarte cuidados inútiles?

Atente a mi voluntad, y no sufrirás pérdida alguna.

Si andas en busca de esta cosa o de aquella, y quieres estar por aquí o por allí, por tu propio interés, y por hacer más bien lo que tú quieres, nunca estarás sin solicitud y cuidado; porque no hay ninguna cosa que no tenga defectos, ni lugar donde no haya adversarios.

3. Para obtener la tranquilidad no sirve, pues, la posesión de una o muchas cosas exteriores al espíritu. Lo que realmente sirve es despreciarlas y arrancárselas con todo y raíz del corazón.

Debes entender todo lo anterior no solamente tocante al dinero y riquezas, sino también a la ambición de honores y deseo de vanos elogios; cosas que pasan todas con el mundo.

El lugar protege poco cuando falta el espíritu de piedad. No durará mucho esa paz que se busca en cosas exteriores, si no se apoya sobre el fundamento real de la estabilidad del corazón, es decir, si no descansas sobre mí; porque mudarte, bien lo puedes hacer, mas no mejorarte.

Efectivamente, una vez que se presente la ocasión y topes con ella, encontrarás quello mismo de que tratabas de huir, y peor todavía.

4. Afíanzate, Dios mío, con la gracia del Espíritu Santo. Dame fuerzas para robustecerme en el hombre interior, es decir, en el espíritu; para vaciar mi corazón de todo cuidado inútil y de todo apuro; para no dejarme llevar de varios deseos de cosas viles o valiosas; para que mire todas las cosas como pasajeras, y me mire a mí mismo como pasajero con ellas y como ellas.

Efectivamente, no hay ninguna cosa permanente acá debajo del sol; acá donde todas las cosas son vanidad y angustia del corazón. ¡Qué sabio es quien así lo considere!

5. Señor, dame celeste sabiduría para saber buscar y hallarte sobre todas las cosas, amarte y saborearte sobre todas las cosas; para conocer las demás cosas como son en realidad, conforme al orden de tu divina sabiduría.

Concédeme apartarme con prudencia del que me adule, y sufrir con paciencia al que me critique.

Pues hay gran sabiduría en no mecerse al soplo de cualquiera racha de palabras, ni dar oídos a la falaz adulación de sirenas. Así se andará con seguridad el camino que se emprendió.

Capítulo XXVIII

CONTRA LAS MALAS LENGUAS

1. *Cristo*: Hijo, no tomes a mal que algunos piensen mal de ti, diciendo cosas que a ti no te gusta oír.

Deberás tenerte en opinión todavía peor, y no creer que ninguno sea más frágil que tú.

Si andas por el camino interior del espíritu, no harás mucho aprecio de palabras que se lleva el viento.

No es poca prudencia el callar en malos tiempos, volviéndose interiormente a mí sin inquietarse por los juicios de los hombres.

2. No dependa tu paz de la boca de los hombres. No serás diferente porque interpreten bien tus acciones o porque las interpreten mal.

¿Dónde están la paz verdadera y la gloria verdadera? ¿Verdad que en mí?

De mucha tranquilidad gozará la persona que ni quiera dar gusto a la gente, ni tampoco disgustarla.

De amor desordenado y de temor infundado nacen todas las inquietudes del corazón y todas las distracciones de las facultades mentales.

Capítulo XXIX

COMO DEBEMOS INVOCAR Y BENDECIR A DIOS AL ARRECIAR LA AFLICCION

1. *El alma fiel*: «Sea tu nombre bendito eternamente, Señor», porque has permitido que me asalte esta tentación y aflicción.

No puedo escapar de ella. Necesito refugiarme en ti para que me ayudes y la hagas resultar en bien mío.

Señor, estoy ahora en tribulación. No está bien mi corazón, porque mucho me atormenta la presente pasión.

¿Qué diré ahora, Padre amado? Porque he sido sorprendido en angosturas. «Sálvame de esta hora».

Mas «por eso me ha llegado esta hora», para que tú seas glorificado cuando yo me vea muy humillado pero libertado por ti.

«Plázcate, señor libertarme», pues el pobre de mí ¿qué puede hacer y a dónde irá sin ti?

Señor, dame paciencia esta vez también. Ayúdame Dios mío, y no tendré miedo por más acosado que me vea.

¿Qué diré entretanto? Señor, «hágase tu voluntad». tengo muy merecida esta tribulación y pesadumbre. Seguro tendré que aguantarla, y ojalá que con paciencia, hasta que pase la tormenta y haga tiempo mejor.

Mas tu omnipotente mano también puede quitarme esta tentación, o minorar su violencia para que no sucumba yo del todo; así como otras muchas veces lo has hecho en mí, Dios mío misericordioso.

Ese «cambio de la diestra del Altísimo» es tanto más fácil para ti cuanto más difícil es para mí.

Capítulo XXX

PEDIR LA AYUDA DE DIOS Y TENER CONFIANZA DE RECUPERAR LA GRACIA

1. *Cristo*: Hijo, «yo soy el Señor que fortalece el día de la tribulación». Acude a mí cuando no te vaya bien.

Lo que impide principalmente la llegada del consuelo celeste es que recurres un poco tarde a la oración.

Pues antes de rogarme fervientemente buscas entre tanto muchos consuelos, y te diviertes en cosas exteriores.

Así sucede que de poco te servirá todo hasta que repares en que yo soy el que libra a los que esperan en mí, y que fuera de mí no hay auxilio eficaz, ni consejo provechoso, ni remedio que dure.

Una vez que vuelvas a respirar después de la tempestad, cobra nuevas fuerzas alumbrado con la luz de mis bondades; porque estoy aquí cerca para restablecer las cosas, no sólo como estaban antes, sino mejor y más cumplidamente.

2. ¿Hay acaso alguna cosa difícil para mí? ¿Seré yo como esos que dicen y no hacen? ¿Dónde está tu fe? Mantente firme y constante.

Ten magnanimidad y valor. La consolación llegará a su tiempo. espera, espera; ya vendré y te curaré.

Lo que te tortura es la tentación; lo que te espanta es el temor infundado

¿Qué sacas de esa inquietud por lo que pueda suceder, sino tristeza y más tristeza? «Bastante tiene el día con sus pesares».

Cosa tonta y sin provecho es inquietarse de cosas por venir que quizás nunca vengan.

3. Pero es cosa humana el ser juguete de tales fantasías; es señal de tener alma todavía pequeña el dejarse arrastrar tan fácilmente de las sugerencias diabólicas.

El no se preocupa de si se mofará de uno y lo engañará con cosas ciertas o con cosas falsas; de si lo vencerá con el amor del presente o con el temor del porvenir. Pero «que tu corazón no se perturbe, ni se acobarde».

Ten fe en mí, ten confianza en la misericordia de Dios. Muchas veces estoy cercano a ti cuando tú me crees lejano.

Hay a menudo más ganancia de méritos cuando tú calculas que ya se ha perdido casi todo.

No está todo perdido porque la cosa haya resultado al revés.

No debes juzgar conforme al sentimiento presente, ni atascarte de tal modo en alguna dificultad, venga de donde viniere, que la tomes como si ya se te hubiera quitado toda esperanza de salir del atolladero.

4. No te vayas a creer totalmente abandonado, aun cuando te haya mandado alguna tribulación por algún tiempo, o te haya privado del suspirado consuelo; porque así es como se camina hacia el reino de los cielos.

Ciertamente es esto lo que más te conviene a ti y a los demás servidores míos: luchar contra la adversidad más bien que tener todo a voluntad.

Yo conozco los pensamientos ocultos; Yo sé que es muy conveniente para tu salvación el que se te deje a veces privado de toda dulzura, para que no vaya a suceder que te ufanes de la prosperidad, queriendo complacerte en lo que no eres.

Te puedo quitar lo que te di, y restituirte lo cuando yo quiera.

5. Es mío cuando te lo de; cuando te lo quite, no te quito lo tuyo; porque toda buena dádiva, todo don perfecto me pertenecen.

Cuando yo te mande alguna pena o contrariedad, no te irrites ni te abatas; porque puedo aliviarte pronto y cambiar toda pena en gozo.

Sin embargo, soy justo y muy razonable cuando hago eso contigo.

Si juzgas rectamente, mirando las cosas conforme a la realidad, jamás deberías dejarte llevar de tan profunda tristeza por las adversidades, sino más bien alegrarte y agradecerlas, y aun considerar como un gozo único el que no te escatime aflicciones y dolores.

«Como mi Padre me ha amado, así os he amado yo también» les dije a mis discípulos; a los cuales ciertamente no mandé a gozar de este mundo, sino a sostener duras luchas; no a obtener honores, sino a sufrir desprecios; no a estar ociosos, sino a trabajar; no a descansar, sino a producir frutos abundantes con la perseverancia. No se te olviden estas palabras, hijo mío.

Capítulo XXXI

DESPRECIO DE TODAS LAS CRIATURAS PARA ENCONTRAR AL CREADOR

1. *El alma fiel*: Señor, es seguro que necesito una gracia más grande, si he de llegar al punto de que ningún hombre ni criatura ninguna me embarrace.

Mientras alguna criatura me retenga, no puedo volar con libertad hacia ti.

Deseaba volar libremente aquel que dijo:
«¿Quién me dará alas como a las palomas, para volar y reposar?»

¿Hay mayor tranquilidad que la de un alma sincera? ¿Hay alguno más libre que quien nada desea de la tierra?

Por tanto, es preciso que pases por encima de toda criatura, abandonarte completamente a ti mismo, que estés con la mente afuera, y veas que el Creador del Universo ningún parecido tiene con las criaturas.

Quien no se desprenda de todas las criaturas, no podría entregarse libremente a las cosas de Dios.

Es un hecho que hay pocos contemplativos. porque son pocos los que saben separarse perfectamente de las cosas creadas, que van a perecer.

2. Para eso se requiere una gracia tan fuerte que el alma eleve, y arriba de sí misma la arrebate.

Si el hombre no tiene su espíritu levantado, si no está despegado de todas las criaturas y perfectamente unido a Dios, no vale gran cosa lo que se sepa, ni lo que tenga.

Largo tiempo será pequeño, no se alzará del suelo, quien juzgue grande cualquier cosa fuera del bien único, inmenso y eterno.

Lo que no es Dios es nada, y en nada debe tenerse.

Hay mucha diferencia entre la sabiduría del hombre iluminado y piadoso y la ciencia del clérigo letrado y estudioso.

Mucho más excelente es la doctrina que la inspiración divina hace correr de allá arriba, que la ciencia adquirida con trabajo por el ingenio humano.

3. Hay muchos que quisieran ser contemplativos; pero lo que se necesita para eso no lo quieren practicar.

Gran impedimento para ello es que se entretenga uno en figuras y cosas sensibles, dedicándose poco a la mortificación perfecta.

Yo no sé qué será, qué espíritu nos guíe, qué pretendamos nosotros que nos vemos llamados «espirituales»; pues pasamos tantos trabajos y tanto nos preocupamos de cosas pasajeras y bajas, y apenas de cuando en cuando meditamos en nuestras cosas espirituales concentrando totalmente en ellas nuestras facultades.

4. ¡Qué dolor! Tras breve recogimiento nos lanzamos hacia fuera luego sin sujetar a severo examen nuestros actos.

No advertimos hasta dónde se arrastran nuestros afectos, ni lloramos la gran impureza de todo.

«Toda carne había errado su camino»; por eso el gran diluvio la borró.

Cuando hay una gran corrupción en nuestros afectos íntimos, por fuerza se corrompen las acciones nacidas de ellos, manifestando la falta de salud espiritual.

Un corazón puro produce frutos de vida virtuosa.

5. Se investiga cuánto haya hecho uno; pero no se considera con cuanto empeño con cuánta virtud se conduce.

Se investiga si fulano es valiente, rico, buen mozo, hábil, bueno para escribir, bueno para cantar, bueno para trabajar; pero muchos no dicen nada de si es pobre de espíritu, sufrido y apacible; de si es muy piadoso y espiritual.

La naturaleza mira al exterior del hombre; la gracia penetra hasta el interior. Aquella se engaña con frecuencia; ésta confía en Dios para no engañarse.

Capítulo XXXII

RENUNCIAR A SI MISMO Y DESPOJARSE DE TODA CODICIA

1. *Cristo*: Hijo, no podrás ser perfectamente libre, si no renuncias completamente a ti.

Están sujetos con grillos en los pies los que no cumplen el voto de pobreza, los enamorados de sí mismos, los codiciosos, los curiosos, los monjes errantes, los que andan siempre buscando lo suave, no lo de Jesucristo: esos que a menudo inventan y componen lo que no ha de permanecer en pie.

En efecto, lo que no tenga su origen en Dios, perecerá todo.

Graba en tu memoria esta corta y perfecta sentencia: deja todo, y hallarás todo; deja la codicia, y hallarás la quietud. Repasa esto en la cabeza; cuando lo hayas cumplido, lo entenderás todo.

2. *El alma fiel*: Señor, eso no es obra de un día, ni juego de niños. Antes bien la entera perfección religiosa está contenida en tan pocas palabras.

3. *Cristo*: Hijo, no debes volver atrás luego, ni desmayar al oír en qué consiste el camino de la perfección.

Más bien debes estimularte a seguir lo más sublime, suspirando al menos por llegar allá.

Ojalá que así fueras, y hubieras llegado al punto de no amarte a ti mismo, estando enteramente a mi arbitrio y al del superior que te puse. En ese caso me darías gusto, y tu vida entera pasaría en gozo y paz.

Todavía tienes muchas cosas que abandonar. Si no las dejas totalmente, no alcanzarás lo que pides.

«Te consejo que me compres oro acrisolado, para enriquecerte»; quiero decir que obtengas de mí la sabiduría celeste que pisotea todas las cosas vilísimas.

Pospón a ella la sabiduría terrenal, y toda vana complacencia en ti mismo.

4. Quiero decir que debes comprar cosas corrientes, en cambio de las que son valiosas y finas según les parece a los hombres.

La verdadera sabiduría del cielo parece muy baja y muy poca, y está casi totalmente olvidada.

Esa sabiduría no tiene alta opinión de sí misma ni quiere su gloria en la tierra. Muchos la predicán de los dientes para afuera, viviendo de manera opuesta. Sin embargo es una perla valiosa, para muchos desconocida.

Capítulo XXXIII

INCONSTANCIA DEL CORAZON; DIOS ES LA INTENCION FINAL DEL HOMBRE

1. *Cristo*: Hijo, no confíes en tu sentimiento; pues el que actualmente tienes, pronto se cambiará en otro contrario.

Quieras o no quieras, estarás sujeto a mudanza mientras vivas. De modo que ya estarás alegre, ya triste; ya sosegado, ya perturbado; ya con devoción, ya sin devoción, ya empeñoso, ya perezoso; ya serio, ya frívolo.

Mas el hombre sabio y bien instruido en las cosas del espíritu se sobrepone a todas esas mudanzas. No hace caso de lo que siente en sí, ni de qué lado venga el variable viento. Solamente concentra la atención de su espíritu en adelantar hacia la consecución del fin a donde quiere y debe llegar.

Así podrá permanecer siempre el mismo, incon-

movible siempre, si entre tantos, y tan varios acontecimientos tiene la mirada fija en mí constantemente, la mirada limpia de su intención.

2. Cuanto más limpia esté la mirada de la intención con tanta mayor constancia se navega por entre tan varias tempestades.

A muchos se les oscurece la mirada limpia de la intención por distraerse fácilmente mirando algún objeto deleitable que se interpone.

Rara vez se encuentra a alguno que esté completamente libre de ese lunar de buscarse a sí mismo.

Por ejemplo, fueron los judíos a Betania a casa de Marta y María, «no sólo por ver a Jesús, sino a Lázaro también».

Por esa razón, debes tener bien limpio el ojo de la intención, para que ésta sea recta y sincera, y pasando por entre los muchos puntos intermedios se dirija siempre hacia mí.

Capítulo XXXIV

AL QUE AMA A DIOS, DIOS LE PLACE SOBRE TODO Y EN TODO

1. *El alma fiel*: Este es mi Dios, y todas las cosas. ¿Qué más quiero? ¿Por qué mayor felicidad puedo anhelar?

¡Qué palabra más dulce y más sabrosa! Sí, para quien ama la Palabra Eterna, no el mundo ni lo que hay en el mundo.

¡Dios mío, y todas las cosas! Al que ama, se le ha dicho bastante. Al que ama es una cosa dulce el repetirlo.

Estando tú presente todo nos gusta; estando ausente, todo nos causa fastidio.

Tú aquietas el corazón, infundiéndole profunda paz y encantadora alegría.

Tú haces pensar bien de todos, y alabarte en todo. Sin ti, nada puede gustarnos mucho tiempo. Para que una cosa nos agrade y nos caiga bien se necesita la presencia de la gracia y el condimento de la sal de tu sabiduría.

2. ¿Qué cosa no le sabrá bien al que tú le sabes bien?

Pero, ¿qué podrá gustarle a quien tú no le sabes bien? Les falta tu sabiduría a los sabios según el mundo y a los sabios según la carne: en aquellos hay grandísima vanidad; en la carne reina la muerte.

Mas aquellos que te sirven despreciando al mundo y mortificando su carne demuestran ser los verdaderos sabios: porque se han mudado del reino de la vanidad del reino de la verdad, del imperio de la carne al imperio del espíritu.

Estos sienten el sabor de Dios; reducen totalmente a la gloria del creador todo el bien que se encuentra en las criaturas.

Sin embargo, es diferente, muy diferente, el sabor del Creador del sabor de la criatura, el sabor de la eternidad, del sabor del tiempo; el de la luz in-creada y el de la luz reflejada.

3. ¡Oh luz eterna que brillas tú sola más que todas las luces de la creación! ¡Desde esas alturas lanza sobre mí un rayo tuyo que hasta lo más secreto de mi corazón penetre!

¡Limpia, abrasa, ilumina, da vida a mi espíritu, con todo y sus potencias, para que con extremos de alegría se apegue a ti!

¿Cuándo llegará esa hora feliz y suspirada, en que llenes mi corazón con tu presencia, siendo para mí todo en todas las cosas? Mientras no se me conceda esto no será plena mi alegría.

¡Qué dolor! ¡El hombre de antes en mí respira todavía, no está bien crucificado todavía, no está bien muerto todavía! ¡Aún tiene violentos deseos contra el espíritu, hace estallar guerras civiles, sin dejar que el alma reine en paz!

4. Mas tú «que la furia del Océano dominas y la agitación de las olas aplacas», levántate y ven a ayudarme.

Haz ver tu omnipotencia, que tu diestra sea glorificada; porque no hay más esperanza y refugio que tú, Señor Dios mío.

Capítulo XXXV

EN ESTA VIDA NADIE PUEDE ESTAR SEGURO CONTRA TENTACIONES

1. *Cristo:* Hijo, nunca podrás estar seguro en esta vida; por eso necesitas armas espirituales mientras dure tu vida. Andas entre enemigos que a diestra y siniestra te acechan.

Si no te cubres todo el cuerpo con el escudo de la constancia, no tardarás mucho tiempo en recibir heridas. Además si no apoyas firmemente el corazón en mí, no podrás aguantar el fuego del combate, ni alcanzar la palma de los santos.

Es necesario que atraveses por todo con valor, luchando con fuerte brazo contra todo aquello que te salga al encuentro.

Al vencedor se dará el maná; al cobarde, gran miseria le espera.

2. Si quieres descansar ahora, ¿cómo llegarás después al descanso eterno?

No te propongas adquirir mucha paz, sino mucha constancia.

Busca la paz verdadera, no en la tierra, sino en el cielo; no en los hombres y demás criaturas: búscala sólo en Dios.

De manera que debes padecer todo por amor de Dios: fatigas, dolores, tentaciones, vejaciones, necesidades, enfermedades, injurias, murmuraciones,

represiones, humillaciones, confusiones, correcciones, desaires.

Todo eso ayuda a adquirir la virtud; en eso se cala al recluta de cristo; con eso se teje la diadema del cielo.

Pagaré jornal eterno por trabajo breve, gloria sin fin por humillación de un rato.

3. ¿Acaso crees poder gozar siempre y a tu gusto de consuelos del espíritu? Ni mis santos lo tuvieron siempre. Más bien tuvieron muchas penas y tentaciones, diversas y grandes desolaciones.

Pero lo aguantaron todo poniendo su confianza más bien en Dios que en sí mismos, sabiendo que «las penas de esta vida no guardan proporción con la gloria eterna» que merecen.

¿Quieres tú alcanzar luego lo que tantos otros apenas obtuvieron con muchas lágrimas y grandes trabajos?

«Espera en el Señor, pórtate como hombre», y cobra bríos, no desconfíes, ni retrocedas. Por la gloria de Dios debes exponer valientemente tu cuerpo y tu alma.

Te recompensaré con plenitud absoluta; te acompañaré en toda tribulación.

Capítulo XXXVI

CONTRA LOS VANOS JUICIOS DE LOS HOMBRES

1. *Cristo*: Hijo, apoya firmemente tu corazón en Dios, sin temer los juicios de los hombres, cuando la conciencia te da testimonio de tu piedad y tu inocencia.

El sufrir tales juicios es una cosa buena, y hasta una felicidad; no será cosa pesada para el hombre humilde de corazón que tiene más confianza en Dios que en sí mismo.

Muchos hablan mucho; por esa razón hay que creerles poco.

No se puede dar gusto a todos. Aunque San Pablo se esforzaba por agradar a todos según la voluntad del Señor, haciéndose todo para todos, a pesar de eso lo juzgaban las gentes, cosa que a él le importaba poquísimo.

2. Cumplía con lo que podía y estaba en su mano para edificar y salvar a su prójimo; pero no podía impedir que a veces lo juzgaran, y aun lo despreciaran.

Por eso, encomendaba todo a Dios que sabe todo; y se defendía con paciencia y humildad contra lenguas injustas, contra aquellas gentes que pensaban necedades e injusticias, diciendo todo lo que les daba su gana.

Sin embargo, respondía algunas veces, por temor de que su silencio escandalizara a los débiles.

3. ¿Y quién eres tú para tenerle miedo a otro hombre mortal como tú? Hoy existe; pero mañana ya no aparece.

Teme a Dios y no te espantarán los hombres.

¿Qué puede hacerte el otro con sus palabras e insultos? Se hace más daño a sí que a ti; y, sea quien fuere, no escapará del juicio de Dios.

Tú ten a Dios ante tu vista, y no te pongas a dimes y diretes.

Si por el momento pareces salir perdiendo, y sufrir confusión inmerecida, no te indignes, ni achi-que la impaciencia tu corona. Mira al cielo, mírame a mí que puedo librar de toda confusión e injuria, dando a cada cual según sus obras.

Capítulo XXXVII

LA LIBERTAD DEL CORAZON SE OBTIENE CON LA ABNEGACION PURA Y ENTERA DE SI MISMO

1. *Cristo:* Hijo, abandónate a ti, y me hallarás a mí. Procura vivir sin escoger nada, ni ser dueño de nada, y saldrás siempre ganando. Se te dará en año-

didura una gracia más grande, tan luego como te abandones a ti mismo irrevocablemente.

2. *El alma fiel*: Señor, ¿cuántas veces, o en qué cosas habré de abnegarme y abandonarme?

3. *Cristo*: Siempre y a toda hora: en lo chico y en lo grande. No hagas ninguna excepción; te quiero encontrar despojado en toda ocasión.

De otra manera, ¿cómo podrías ser mío, y yo tuyo, si no estuvieras despojado de todo querer personal, tanto en lo interior como en lo exterior?

Cuanto más pronto lo hagas, tanto mejor te irá; y cuanto más plena y sincera sea tu abnegación, tanto más me agrandarás, y tanto más ganarás.

4. Algunos se me entregan; pero haciendo alguna excepción. Como no tienen plena confianza en Dios, procuran proveer a sí mismos.

Hay otros que al principio se me ofrecen plenamente; pero después, cuando la tentación los asalta, vuelven a ser dueños de lo que me habían ofrecido; por eso no adelantan nada en virtud.

Esos no alcanzarán la libertad real del corazón puro, ni la gracia de mi íntima amistad. Primero tendrán que abandonarse enteramente, inmolándose a sí mismos todos los días. Sin esta clase de abnegación, no hay ni habrá la unión del goce íntimo.

5. Muchísimas veces te he dicho, y te repito ahora: abandónate, entrégate, y gozarás de la paz del alma.

Da todo por el Todo. No exceptúes nada, no re-

clames nada. Descansa totalmente en mí, sin vacilar, y me poseerás.

Tendrás libertad del corazón y las tinieblas no te envolverán.

Empéñate por conseguir esto, pídelo, suspira por ello: despójate de toda voluntad propia siguiendo con el alma desnuda a Jesús desnudo; morir para ti, viviendo enteramente para mí.

Entonces se acabarán todas aquellas locas fantasías, aquellas perturbaciones malas, aquellos cuidados inútiles.

También entonces se te quitará aquel temor excesivo, y el amor desordenado morirá.

Capítulo XXXVIII

BUEN GOBIERNO DE LOS ACTOS EXTERNOS, Y RECURSO A DIOS EN LOS PELIGROS

1. *Cristo:* Hijo, debes pretender con toda diligencia que en todo lugar, en todo acto u ocupación exterior permanezca libre tu alma, y tú seas dueño de ti mismo; que todas las cosas estén bajo tu mando, y no tú bajo el suyo.

Que seas dueño y gobernador de tus acciones, no siervo o esclavo de ellas.

Por el contrario, que seas un hebreo libre y verdadero, que ha pasado a la herencia y a la libertad de los hijos de Dios.

De esos que están entre las cosas presentes, mas contemplando las eternas.

De esos que apenas miran las cosas pasajeras por tener su mirada fija en el cielo.

De esos a quienes las cosas temporales no arrastran para que se les apeguen, antes ellos las obligan a servirles, en la forma que dispuso aquel artífice supremo que no dejó nada en desorden en toda la creación.

2. Si en todos los sucesos no te atienes a las apariencias, ni recorres con mirada carnal lo que hayas visto, o hayas oído; sino que para todo negocio entras al tabernáculo como Moisés, para consultar al Señor, a veces oirás el oráculo divino, saliendo de allí informado de muchas cosas presentes y futuras.

Porque Moisés recurría siempre al tabernáculo para resolver sus dudas y problemas, y buscaba la ayuda de la oración para guarecerse contra los peligros y la perversidad de los hombres. Así también deberás tú refugiarte en el santuario de tu alma, implorando el oráculo divino con mayor insistencia.

Por esta razón, según leemos, fueron engañados Josué y los israelitas por los gabaonitas: «porque no preguntaron primero al Señor», y creyendo con facilidad excesiva en la verdad de dulces palabras se dejaron engañar de falsa compasión.

Capítulo XXXIX

EVITEMOS IMPORTUNIDAD EN LOS NEGOCIOS

1. *Cristo:* Hijo, encomiéndame siempre tus negocios, y te los arreglaré bien a su tiempo. Espera mi arreglo; de ello sacarás provecho.

2. *El alma fiel:* Señor, de muy buena gana te encomiendo todos mis negocios, pues de poco me sirve mi propio pensar.

¡Ojalá que no me entretuviera tanto en calcular sucesos futuros, y me entregara sin vacilar a tu voluntad!

3. *Cristo:* Hijo, el hombre se esfuerza muchas veces con vehemencia por alcanzar el objeto de su deseo. Pero, una vez logrado empieza a sentir de modo diferente; porque no son permanentes los sentimientos acerca de una misma cosa, antes nos empujan de una cosa a otra.

4. El progreso verdadero del hombre consiste en la abnegación de sí mismo; el abnegado es muy libre, y está muy seguro.

Pero aquel antiguo enemigo que hace guerra a todos los buenos no deja de tentarlos. Día y noche maquina acechanzas peligrosas, por si acaso pudiera hacer caer en sus engañosas trampas a algún desprevenido.

«Velad y orad, para que no vayáis a caer en tentación».

Capítulo XL

EL HOMBRE NO TIENE DE POR SI NADA BUENO, NI PUEDE ENVANECERSE DE NADA

1. *El alma fiel:* Señor, «¿qué es el hombre, para que en él pienses? ¿Qué es el hijo del hombre para que tú lo visites?»

¿Qué méritos ha ganado el hombre para que le des tu gracia?

Señor, ¿de qué puedo quejarme si me abandono? ¿Qué puedo alegar justamente, cuando me niegas lo que te pido? La verdad es que puedo pensar y decir: Señor, no soy nada, no puedo nada, de mí mismo no tengo nada bueno; estoy falto de todo y tiendo siempre a la nada.

Y si tú no me ayudas, si no me das fuerza, mi espíritu se entibia todo, y pierdo el vigor.

En cambio, Señor, tú eres siempre el mismo, y serás el mismo eternamente: siempre bueno, justo y santo; siempre haciendo todas las cosas bien, justa y santamente, y disponiendo todo sabiamente.

Pero yo que soy más propenso a retroceder que a avanzar, no duro en el mismo estado, antes bien experimento las mudanzas de los siete tiempos.

No obstante, pronto van mejor las cosas cuando a ti te place alargar la mano en mi ayuda; porque tú solo puedes ayudarme sin ingerencia de ningún

hombre, y darme tanto vigor que no cambie de cara, y mi corazón tienda únicamente a ti, y descanse en ti.

2. Por lo tanto, si yo practicara bien la renuncia a todo consuelo humano, ya por obtener el fervor, ya porque me veo forzado a buscarte por no haber ningún hombre que me consuele, entonces podré justamente esperar en tu gracia, y regocijarme del don de un nuevo consuelo.

3. Gracias te doy, a ti de quien viene todo, siempre que algún bien me viene.

Ante ti soy pura vanidad, soy nada: soy un hombre débil e inconstante.

¿De qué puedo enorgullecerme, y por qué deseo que me estimen? ¿Acaso de ser nada? ¡Grandísima insensatez!

Esa gloria es realmente vacía: es peste maligna y enorme locura; pues de la gloria real nos aleja, y de la gracia celeste nos despoja.

Pues cuando el hombre se agrada, a ti desagradar; cuando a elogios humanos aspira, de virtud verdadera se priva.

4. Gloria verdadera, júbilo santo es el gloriarse en ti no en sí; gozar en tu nombre, no de la propia virtud; el no deleitarse en ninguna criatura, sino en ti.

Que tu nombre sea alabado, no el mío; que sea encarecida tu obra, no la mía; que sea bendecido tu nombre, y que ningún elogio humano se haga en mí.

Tú eres mi gloria; tú eres el júbilo de mi corazón.

En ti me gloriaré y me alegraré todo el día; en mí mismo «solamente me gloriaré de mis debilidades».

5. Que busquen los judíos esa gloria que se da y se recibe de los unos a los otros. Yo sólo buscaré la que sólo Dios da.

Toda gloria humana, toda honra temporal, toda alteza mundana, con tu gloria eterna comparada, es vanidad y locura.

¡Oh verdad mía, oh misericordia mía, oh Trinidad bienaventurada; a ti sola pertenecen la alabanza, el honor, la virtud y la gloria durante la infinidad de los siglos!

Capítulo XLI

DESPRECIO DE TODOS LOS HONORES DEL MUNDO

1. *Cristo*: Hijo, no te preocupes de ver a otros exaltados y honrados, y a ti despreciado y humillado. Eleva el corazón hacia el cielo, hacia mí y no te causará tristeza el desprecio de los hombres allá en la tierra.

2. *El alma fiel*: Señor, padecemos de ceguera, y la vanidad nos fascina fácilmente.